



Provins
Johanna Orduz

Salvadores de salvadores: el humanitarismo como herramienta para un modelo de desarrollo sostenido en la diferencia

<https://doi.org/10.25058/20112742.n54.03>

MAR DEL MAR NARVÁEZ OLIVERA¹

<https://orcid.org/0009-0000-0205-6874>

Investigadora independiente, Colombia

mardelmar2828@gmail.com

Cómo citar este artículo: Narvárez Olivera, M. M. (2025). Salvadores de salvadores: el humanitarismo como herramienta para un modelo de desarrollo sostenido en la diferencia. *Tabula Rasa*, 54, 45-68. <https://doi.org/10.25058/20112742.n54.03>

Recibido: 28 de enero de 2025

Aceptado: 26 de marzo de 2025

Resumen:

Este artículo propone una reflexión crítica sobre el sector humanitario a partir de experiencias laborales en contextos de intervención en Colombia. Desde una perspectiva situada, el texto desmonta la lógica buenista que atraviesa el humanitarismo contemporáneo, evidenciando cómo reproduce de manera sistemática relaciones de poder basadas en el racismo, el sexismo, el clasismo y el colonialismo. Se analiza la manera en que los principios humanitarios —imparcialidad, neutralidad, independencia y humanidad— operan como dispositivos que ocultan prácticas de discriminación, indiferencia e hipocresía, legitimando un modelo de gestión de las diferencias que garantiza la perpetuación de las desigualdades estructurales. A través de una revisión crítica del sistema de clasificación (sexo/género, pertenencia étnica) y de las nociones de enfoque diferencial e interseccionalidad en el humanitarismo, se plantea que este sector no busca transformar las condiciones de opresión, sino que requiere sostenerlas para asegurar su existencia y expansión. El artículo concluye con una invitación a repensar las formas de solidaridad y acción social más allá del dispositivo salvador que caracteriza al humanitarismo global.

Palabras clave: humanitarismo; buenismo; clasificación social; enfoque diferencial; desarrollo; ONG; poder.

¹ Magistra en Estudios Afrocolombianos de la Pontificia Universidad Javeriana.

Saving the Saviors: Humanitarianism as an Instrument for a Development Model Sustained by Difference

Abstract:

This article proposes a critical reflection on the humanitarian field, drawing from work experiences in intervened contexts in Colombia. From a situated perspective, this article dismantles the goodist rationale prevalent in contemporary humanitarianism by showing how it systematically reproduces power relations based on racism, sexism, classism, and colonialism. We analyze how humanitarian principles like impartiality, neutrality, independence, and humanity actually cover up discriminating practices, aloofness, and hypocrisy, legitimizing a difference management system that keeps structural inequalities in place. Through a critical review of the classification system (sex/gender, ethnicity) and the notions of differential approach and intersectionality in the humanitarian field, we argue that this sector does not really aim to change oppressive conditions but rather needs to uphold them so as to guarantee their very existence and expansion. As a conclusion, we invite readers to rethink solidary and social actions beyond the saving device characterizing global humanitarianism.

Keywords: humanitarianism; goodism; social classification; differential approach; development; NGO; power relations.

Salvadores de salvadores: o humanitarismo como ferramenta para um modelo de desenvolvimento suportado na diferença

Resumo:

Este artigo propõe uma reflexão crítica sobre o setor humanitário a partir de experiências laborais em contextos de intervenção na Colômbia. Desde uma perspectiva situada, o texto desmonta a lógica bondadista que transpassa o humanitarismo contemporâneo, evidenciando como reproduz, de maneira sistemática, relações de poder baseadas no racismo, no sexismo, no classismo e no colonialismo. É analisada a maneira como os princípios humanitários – imparcialidade, neutralidade, independência e humanidade – operam como dispositivos que ocultam práticas de discriminação, indiferença e hipocrisia, legitimando um modelo de gestão das diferenças que garante a perpetuação das desigualdades estruturais. Por meio de uma revisão crítica do sistema de classificação (sexo/gênero, pertença étnica) e das noções de perspectiva diferencial e interseccionalidade no humanitarismo, propõe-se que esse setor não procura transformar as condições de opressão, mas que precisa sustentá-las para garantir sua existência e expansão. O artigo conclui com um convite para repensar as formas de solidariedade e ação social para além do dispositivo salvador que caracteriza o humanitarismo global.

Palavras-chave: humanitarismo; bondadismo; classificação social; perspectiva diferencial; desenvolvimento; ONG; poder.

Introducción

Cada 19 de agosto mis más apreciados amigos y amigas llenan sus redes sociales de fotografías que a plena vista despiertan la conmoción y generan muchos likes. En ellas mis amigos y amigas con lindos chalecos de colores vivos y sonrisas largas, son el centro de la fotografía mientras alrededor gente sucia, mal vestida, con caras tristes, fondos llenos de barro o de polvo, niños mal peinados y flacos posan en sus brazos o a sus lados con los típicos copys de: «esta labor me llena el corazón», «conozco de frente la realidad del país», «soy feliz porque sé que transformo vidas» «me sorprende de la valentía de mujeres y niños» y concluyen con #ActuarporlaHumanidad #SoyHumanitario #DíadelaAcciónHumanitaria.

Por supuesto que este escrito no pretende atacar o desvalorar el trabajo individual y seguramente honesto que realizamos quienes llevamos años subsistiendo de organizaciones no gubernamentales o fundaciones; de lo que se trata aquí es de complejizar mis experiencias particulares trabajando en esto, para argumentar que es el sector de los proyectos humanitarios el primer escenario del «buenismo» en la sociedad, que esconde muy explícitamente la reproducción de las diferencias con el objetivo de establecer unas gentes que son el «beneficiario ideal final» del servicio de opresiones disfrazadas de «ayuda» que no son otra cosa que el sostenimiento de un modelo de desarrollo con ínfulas de salvador.

El artículo inicia con una narración personal que expone el contraste entre los ideales humanitarios y las dinámicas reales vividas en el terreno. Luego reconstruye la genealogía del humanitarismo desde la Cruz Roja hasta las actuales configuraciones de las ONG y organismos multilaterales, mostrando cómo estos han evolucionado en paralelo a las transformaciones del sistema-mundo moderno/colonial. Posteriormente, examina los mecanismos de clasificación (sexo, género, pertenencia étnica) que sustentan el trabajo humanitario, analizando sus vínculos con la reproducción de sistemas de dominación como el racismo, el sexismo y el colonialismo. Finalmente, propone una reflexión sobre la diferencia, los enfoques interseccionales y el desarrollo, para desentrañar las lógicas mediante las cuales el humanitarismo sostiene, bajo formas «salvadoras», las jerarquías globales de poder y desigualdad.

Así, más que una crítica simplista o un rechazo frontal al trabajo humanitario, este escrito busca problematizar los cimientos ideológicos que lo sustentan y sus efectos sobre las poblaciones a las que pretende asistir. Desde una posición autocrítica y situada, se invita a pensar el humanitarismo no como un campo neutral o inherentemente virtuoso, sino como una práctica histórica, política y económica que forma parte activa de las configuraciones globales de desigualdad, a la vez que abre la posibilidad para imaginar otras formas de solidaridad, cuidado y acción transformadora que no repliquen los dispositivos coloniales de salvación.

El desfile de chalecos

Con el cargo de «dinamizadora» llegué a vivir a Istmina en 2017 por un año entero programado metodológicamente, para trabajar en un proyecto de prevención de reclutamiento forzado de menores de edad, por supuesto, el nombre del proyecto muy ligado a la poética del sector humanitario era un título esperanzador y divertido que apelaba a un futuro mejor. Recuerdo que entre la novedad que eran esas tierras del sur de Chocó para mí, algo llamó mi atención: el «desfile de chalecos» de las múltiples organizaciones y fundaciones que circulaban en el pueblo, carros de banderas azules, rojas, vinotinto, amarillas —como la Fundación Éxito que tenía en Istmina algún proyecto que nunca conocí—.

Cada color tenía su propósito social, yo usaba uno azul enfocado en niñez. Aprendí con ese proyecto que a los niños y las niñas no se les escucha, son como seres humanos poco evolucionados, aunque la premisa supuestamente era «los nna (niños, niñas y adolescentes) tienen agencia» y pueden decidir sobre sus proyectos de vida y si además tienen entornos protectores, es decir, su familia, su escuela y su comunidad los protegen y les apoyan su proyecto de vida, entonces la posibilidad de que se vayan o se los lleven las guerrillas o las filas del paramilitarismo serán menores. El proyecto les enseñaba a los niños sobre agencia, les ayudaba a construir un modelo de proyecto de vida y reflexionaba con líderes comunitarios, padres, madres y docentes sobre los riesgos, sobre las redes de cuidado y la protección. Y por supuesto que la causa es noble, por supuesto que resuelve un problema, por supuesto que es idealista, como todo en lo humanitario.

Recuerdo con mucha claridad la pregunta de don José Onil, presidente del consejo comunitario de una vereda donde trabajé: ¿qué trae este proyecto de diferente a los demás? la respuesta fue: nada; en poco tiempo descubrí que lo mismo hacía el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar —ICBF— y otras organizaciones que estaban en la zona. Dinamizar era acompañar los talleres con pelaos², madres, líderes y profesoras, por supuesto eso significaba comprar materiales, refrigerios,

² Pelaos/peladas: colombianismo: jóvenes/niños.

recoger listas de asistencia, tomar fotos, llenar el informe y hacer el taller según la metodología, y todas estas tareas me convirtieron en una trabajadora humanitaria.

Ser una trabajadora humanitaria, con mi marcación de color blanco mestiza, con mis estudios de universidad y con el chaleco azul todo el día puesto en un municipio como Istmina tenía dos posibilidades: o se me abrían las puertas o se cerraban. A pesar de que encontré personas críticas como el secretario de gobierno que estaba aburrido de tanto proyecto en sus corregimientos o la lideresa de una vereda que le fastidiaba que las trabajadoras fueran paisas, la realidad es que la mayoría de las personas aun sin el chaleco puesto, cuando mencionaba algo de mi trabajo les entraba cierto cambio es su actitud, me trataban con complacencia y

admiración, echaban flores a la organización no gubernamental (ONG) e incluso me agradecían por estar trabajando en su apartado pueblo, cuando podría estar en la gran ciudad haciendo otra cosa.

La aparente bondad, el sacrificio y el propósito social que hay detrás de esto construye la idea de que no hay trabajo más noble que ser humanitario, porque el trabajo es por la gente, por los niños y niñas menos favorecidos, por las comunidades más vulnerables, en las zonas más apartadas donde no llega nada más que los proyectos humanitarios. Por mucho tiempo estaba completamente convencida de que mi trabajo era superior a los demás, porque no estaba encerrada en una oficina trabajando para un banco o para Ecopetrol, yo estaba trabajando por la gente y todos los demás trabajos simplemente eran demasiado egoístas.

Lo «humanitario» tiene concepciones y apellidos en varios campos del saber, sin embargo, me interesa es entender la práctica laboral que viví y para esto nos toca remontar a 1859, según la historia occidental, a la batalla de Solferino, que da pie para la creación del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) cuyo objetivo inicial sería desplegar un número importante de personas con conocimientos para atender a los heridos que dejaba la guerra, este organismo en ese momento funcionaba a través de la recaudación de fondos privados para evitar que estuviese condicionado a las estrategias de un Estado (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p. 43)

Luego de la Primera Guerra Mundial, se crea la organización Save the Children que se considera de las primeras organizaciones no gubernamentales (ONG) que apostó por el trabajo humanitario alejado de los Estados y sin fronteras, sosteniendo su accionar a través de recursos internacionales privados (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p.43). Su objetivo sería salvaguardar la niñez del mundo a través de atenciones y protecciones de la infancia en la guerra. Muchas ONG nacen en estos contextos de las guerras y aun se sostienen en la actualidad. En 1946, después de la Segunda Guerra Mundial se crea la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde 51 naciones del mundo representadas por varios hombres se reunieron para establecer acuerdos sobre la paz y la seguridad del mundo entero, solo dos años después la Asamblea proclama el 10 de diciembre de 1948 en París el documento con la Declaración Universal de los Derechos Humanos con sus 30 artículos sobre los derechos básicos e inviolables.

Así, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) se estableció como el organismo encargado de proclamar, vigilar y promover los derechos humanos como: una vida digna, un trato igualitario, transitar por el mundo, no ser discriminado, tener una identidad, tener un trabajo digno, participar políticamente, entre otros derechos. Con el rol de vigilar el cumplimiento de la carta magna, la ONU ha creado un sin número de dependencias que tienen como

función «atender» violaciones de derechos humanos por temas, por poblaciones o porque se les antoja, como Unicef, que es el fondo de las Naciones Unidas para la niñez, o el UNFPA el organismo encargado de la salud sexual y reproductiva. Estas organizaciones realizan alianzas con Estados y entidades privadas para realizar atención humanitaria en diferentes lugares del mundo. En 1992 se creó el Departamento para Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas (DAH) y con este comenzó el sin fin de desarrollos conceptuales sobre la atención o la acción humanitaria (Abrisketa & Pérez de Armiño, 2024).

A partir de este momento quisiera continuar con la noción de «humanitarismo» que ha sido la palabra auto establecida por el sector, para conversar sobre la doctrina conceptual de la práctica humanitaria. No logré encontrar un primer origen del concepto, pero en la literatura se aplican ambas nociones como si correspondieran al mismo significado, humanitarismo con humanitario. Dice Antonio De Lauri (2021) «al menos desde mediados del siglo XIX, la asistencia humanitaria se ha extendido por todo el mundo hasta convertirse en una narrativa salvífica global que hoy en día se recoge en la noción de “humanitarismo”, en la que el sufijo “ismo” encarna todo un conjunto de creencias, prácticas, categorías, discursos y procedimientos que, aunque flexibles y aptos para cambiar rápidamente, son reconocibles como “humanitarios”» (p. 2).

El humanitarismo es entonces «el sentimiento de compasión frente el sufrimiento del otro y la búsqueda para mitigarlo o eliminarlo, aunando la utilización de prácticas que se han desarrollado a lo largo de la historia de la humanidad con miras a materializar o cumplir estos fines, como las tradicionales obras de caridad o de filantropía» (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p. 41). El humanitarismo recoge varios desarrollos conceptuales, pero el principal de ellos es alrededor de los principios de la acción humanitaria: la imparcialidad, la neutralidad, la independencia y la humanidad. Este último ha sido un llamado para mí a la labor humanitaria. Recuerdo que mis ojos se humedecían al ver a Angelina Jolie apoyando a los niños de África, se me erizaba la piel con los comerciales de Unicef sobre la niñez en desnutrición en Suramérica y cuando me salió mi primer trabajo para Istmina, me sentí feliz de ser parte de algo que para mí tenía mucho significado.

Éramos unas quince mujeres jóvenes, la mayoría eran de Bogotá y vivíamos en varios municipios de Chocó, muchas caminadas en las luchas ambientales y feministas, todas estudiadas de las ciencias sociales y las humanas, porque en el humanitarismo estas tienen más cabida que otras áreas del conocimiento, por supuesto por la sensibilidad humanitaria que se adquiere con las carreras. Las reflexiones que aprendí sobre la niñez, abrieron una nueva ventana de posibilidad analítica para mí, fui consciente de prácticas violentas que tenemos las adultas sobre los niños y las niñas, prácticas que yo viví en la infancia y que seguramente si mi mamá,

mis profesores y mis vecinas hubiesen sabido evitar, quizá yo sería una persona diferente. Los niños deben ser protegidos y no solo en el lenguaje al hablarles, no obligarlos a hacer cosas que no quieren, no tocarlos porque son pequeños como si sus cuerpos nos pertenecieran y validar sus ideas cuando las expresan.

El humanitarismo por la niñez tiene mayor aceptación frente a las personas y si a eso se suma la condición de ser mujeres jóvenes, las madres de familias de las veredas en Istmina no tenían ningún reparo en enviar a sus niñas y niños de 12 a 14 años a los talleres con nosotras. Y aquí rescato la potencia del humanitarismo, la posibilidad de la conexión humana, mis mejores amigas las tengo de ese trabajo, la amabilidad que recibí de varias lideresas que, desde la comida, el estar pendiente de que el transporte fuera seguro, que el lugar de dormida fuera cómodo, da cuenta de unos cuidados que fueron un privilegio que tuvimos allá. Fui muy feliz ese año, amaba mis viajes en «chocho» (motocarros) por las trochas de Istmina, cruzando los ríos cristalinos y viendo la neblina cubrir el verde de la selva.

Yo organizaba los materiales sobre una mesa, abría el libro de la metodología, repasaba el paso a paso del taller y me llenaba de una emoción indescriptible cuando veía a la distancia esos pelaos y peladas llegar bien vestidos, tímidos, a sentarse uno a uno en el salón. Los talleres eran espacios para cantar, jugar, aprender y crear. Aún conservo uno que otro dibujo realizado por los adolescentes, como la cartografía de su comunidad que armaron con hojas secas, plastilina y piedras, las mandalas de hilo que varios me regalaron luego de un taller y las muchas fotos y videos de los afectos que recibí y brindé.

Los principios del humanitarismo

Aunque nuestras coordinadoras extranjeras desde Bogotá no mencionaban explícitamente estas nociones, los principios de la acción humanitaria se reflejaban todos en nuestra labor. «La imparcialidad, entendida como el otorgamiento de ayuda a quien la necesite, sin discriminación alguna» (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p. 44). Los proyectos humanitarios tienen los recursos limitados y están dispuestos a un grupo particular de personas, ahora bien, por muy limitado que tuviéramos la plata para comprar refrigerios y materiales, siempre incluíamos más niños y niñas de lo solicitado, bajo el principio de imparcialidad, nunca dejamos por fuera a niños menores de la edad que era solicitada o de otras comunidades.

«La neutralidad, asumida como la necesidad de no tomar partido en los conflictos, pues el único fin de las operaciones humanitarias radica en aliviar el dolor» (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p. 44). Este no era un proyecto de emergencia que necesitara de una atención médica o psicológica directa y constante, pero estaba en el marco de un «acompañamiento» para la

prevención del reclutamiento forzado y una apuesta muy insistente por parte de la coordinación del proyecto era la necesidad de no mencionar la palabra reclutamiento sino «fortalecimiento de capacidades» y evitar a toda costa sentar una postura frente a los actores armados ya fueran paracos o guerrillos, no podíamos hablar de ellos ni mal ni bien, no solo por nuestra seguridad, sino por la relevancia que tenía la neutralidad. Nuestro interés eran los nna, no los armados.

«La independencia, con la que cuentan las agencias y los actores humanitarios para tomar sus propias decisiones» (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p. 44), claramente este era un punto a favor, porque aquel secretario de gobierno cansado del desfile de chalecos era una autoridad política suficiente para evitar que yo realizara mi trabajo, pero el principio de independencia que me daba ser de una ONG dedicada a la niñez y financiada por plata extranjera simplemente cubría mi trabajo con un manto de impunidad.

«La humanidad, que implica que se debe prestar atención a todas las personas y que el trato brindado es compasivo y humano» (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p. 44). Frente a esto la ONG en la que estaba alimentaba el principio de humanidad bajo el paraguas de la noción de «familia», la familia más grande del mundo. Las familias se apoyan, son compasivas ante el sufrimiento de los otros, escuchan, comunican asertivamente, no se violentan, no discriminan y construyen la paz. Por eso, por muchas dificultades o conflictos que tuviéramos entre compañeras, con funcionarios públicos, con los adolescentes o el resto de la «comunidad», ser humanitaria implicaba obrar con respeto y asumiendo nuestro compromiso de que lo que hacemos, decimos y pensamos debe estar en el camino de velar por el bienestar de los menos favorecidos.

Por mucho tiempo, yo tuve la certeza de haber hecho un buen trabajo, sentía que de verdad los adolescentes tomaban cada conversación como una oportunidad para pensar un camino diferente en sus vidas, yo aprendí muchísimo de mi misma y de la región del Chocó sur. Con mucho orgullo conté sobre la gente que conocí, sobre el esfuerzo que era viajar a esas veredas, la osadía de trabajar en territorios controlados por los paramilitares y la alegría de sacar sonrisas en todos esos niños y niñas, mis conocidos se sorprendían y celebraban mi trabajo tan inspirador que sin duda era la forma más directa de cambiar el mundo y ganar plata al mismo tiempo.

Si el *buenismo* de la sociedad son todas esas representaciones de lo que está bien hecho y lo que es moralmente aceptable, entonces no hay práctica más buenista que el humanitarismo. Mientras un empresario hace plata a costa de sus trabajadores para llenar sus bolsillos y tener lujos y comodidades, el humanitarismo toma esa plata y la distribuye en los más necesitados. El trabajador humanitario no lleva una vida de comodidades y no se hará rico con su labor. Por eso se cree que los humanitaristas son altruistas y desinteresados, que siempre están haciendo el bien a través de donaciones o ayudas a los demás.

Mientras el policía ejecuta su labor impartiendo miedo con un arma y aprende a ocasionar dolor a los demás, los trabajadores humanitarios no creen en la violencia como un método o un fin, cuando se trata de la humanidad, por el contrario, el pacifismo es fundamental porque el mensaje que se transmite a las comunidades vulnerables es que la paz comienza por el diálogo y el intercambio con los otros y las otras. Los trabajadores humanitarios ponen su cuerpo en ese esfuerzo de apostar por contribuir a una sociedad diferente a la violencia, por esta razón se cree que los humanitaristas son sacrificados, calmados y con el único propósito de salvar vidas.

Los académicos dentro de sus claustros reflexionan sobre la sociedad e inventan palabras para explicarla, pero casi nunca salen a conectarse a la realidad de la gente. Los trabajadores humanitarios no creen que el mundo es solo teoría, porque todos los días ponen sus ojos y ven el mundo con todas sus problemáticas de guerra, de hambre, de pobreza y es imposible observarla escribiendo en un papel. Los trabajadores humanitarios no se limitan a comprender la sociedad, sino que todos los días están de frente, trabajando con la gente para transformar toda esa cruda realidad. Por esa razón se cree que los humanitaristas son pragmáticos, apolíticos y cuyo interés es trabajar para transformar todo aquello que está mal en la sociedad.

Mientras los políticos hacen el bien porque buscan ocupar un lugar de poder para sacar ventaja económica y social de la democracia, los trabajadores humanitarios son desinteresados en sus esfuerzos por cambiar la realidad, no obtienen nada más que el gratificante reconocimiento de hacer algo por los otros, por esta razón se cree que los trabajadores humanitarios son correctos con sus palabras, no juzgan, no discriminan porque su sensibilidad les permite entender y no despreciar o usar para su beneficio las condiciones que pretende cambiar. Bajo estas premisas se ha construido la idea de que lo humanitario, la bondad, el sacrificio y el propósito social, son buenos para el mundo.

Ahora bien, en todos estos años trabajando en el humanitarismo, he comprendido que hay unos principios paralelos que son evidentes entre quienes trabajamos en esto. Me incluyo porque reproduzco todas estas prácticas, aunque las observe y sospecho de lo generalizadas que están. Lo cierto es que la imparcialidad es un disfraz que esconde *hipocresía*, y la premisa de «sin discriminación alguna» se cae cuando mi coordinador enojado regaña a los adolescentes en Uribia por hablar wayunaikiy y no español, se cae cuando los humanitaristas comienzan con: «cuanta resiliencia hay en la gente», pero al final del discurso se lamentan de que los pobres se reproducen demasiado. Se cae cuando tener una mujer madre joven con cinco niños beneficiados por el proyecto es una aprovechada que le quita la oportunidad a otros.

La neutralidad es un engaño, porque al «no tomar partido en los conflictos» los humanitaristas escondemos la *indiferencia*. La tibieza de ser capaces de aceptar que el líder de una comunidad sea paraco, conversarlo y resumir: «así es todo el país», «lo que nos debe preocupar son los nna». La indiferencia les hace creer a muchos humanitaristas que su trabajo poco o nada tiene que ver con quién esté en el poder o el orden mismo del Estado, convencidos de que sentar una postura política frente a un partido, un gobernante o una práctica es contrario a «salvar el mundo». Para mí es complicidad. Con este principio el humanitarismo esconde dentro de sus oficinas oenegeras las izquierdas más radicales —con discursos de destrucción del sistema y todos en él—, hasta las derechas más radicales que han aprendido a adoptar el lenguaje del todos y todas, niños y niñas, comunidades étnicas, enfoque diferencial, pero con odio en sus conciencias.

La independencia y el «tomar las propias decisiones» solo sostienen la hipocresía y la indiferencia, sumándole unos destellos de *auto benevolencia*. Mi primer pensamiento cuando el secretario de gobierno no quería el proyecto en su pueblo, fue: «yo me estoy sacrificando y esté hombre no está valorando esto» porque para mí, el secretario no lograba dimensionar que sin él el proyecto iba a seguir y nuestra reunión era un saludo a la bandera, entonces lo mínimo que esperaba era una sonrisa, una bienvenida o un aplauso. Esta misma molestia la escucho en mis amigas cuando convocan a un taller y no llega la gente, cuando a las personas no les gustó el refrigerio o se quieren salir de un proyecto, porque las decisiones recaen sobre el humanitarista. Al tener ese poder de la independencia los trabajadores humanitarios nos convencemos de que somos demasiado valiosos, que deben cuidarnos porque cuidamos a los otros y las otras: «el cuidado al cuidador».

Sobre el principio de humanidad, que puedo decir, lo que observo y lo que he sentido es la contradicción misma de todo esto. La *insensibilidad* es la «humanidad» del humanitarismo, todo es normal en este país: violan, descuartizan, desplazan, reclutan, amenazan y todo es normal. La gente no tiene agua, no hay comida, no hay vías, no tienen casa, pero todo es normal, porque si no fuera normal el humanitarismo no existiera y la excusa es «la realidad del país» o «las problemáticas de siempre» porque nunca nada está bien para el humanitarismo, todo siempre debe estar en crisis humana de lo contrario, se acabarían los contratos y las donaciones.

El dolor de los otros deja de doler, se banaliza tanto el sufrimiento que «la humanidad» se pierde y si una llora porque algo es triste entonces una no era lo suficientemente profesional. Alguna vez me atreví a decir en el grupo del trabajo «no estamos salvando la vida de nadie» y las compañeras reaccionaron con molestia porque sus proyectos apoyaban con un subsidio a líderes sociales cuando eran amenazados y lograban salvarles la vida. No, lo que hacían era desplazar líderes sociales con toda su familia de sus casas, hablando con ellos por teléfono y consignándoles plata y cuando llegaba el tiempo de medir las metas del proyecto, era decepcionante un mes donde no había líderes amenazados, ¡eso, si es tristeza de verdad!

El beneficiario ideal

En el 2018 me fui a vivir a Uribia. De alguna forma me sentí en casa, era un Caribe muy distinto al mío, pero finalmente era el Caribe y amaba pararme en una esquina a comer fritos con suero o encontrar chicha de arroz fría en varias partes del pueblo. La labor humanitarista que me llevó allá fue el desplazamiento de muchas familias venezolanas a la Guajira, entendí la diferencia entre los proyectos de desarrollo y las atenciones en emergencia, porque llegar a Uribia fue recibir situaciones humanitarias complejas de llevar. «Esto es muy difícil para el que no tiene estómago» y «es que como no eres psicóloga o trabajadora social» me decían mis superiores y mis compañeras cuando los niños se vomitaban delante de mí, porque le habíamos dado un tarro lleno de «nutrientes» donado por alguna empresa de complementos alimentarios o cuando una madre arrancó a correr con su niño de ocho años en brazos, convencida de que venimos a alejarla de él o cuando en cuidados intensivos un niño se debatía entre la vida y la muerte por haber sido víctima de una violación.

No era mi carrera, ni mi experiencia laboral, ni mi estómago, era mi incapacidad por naturalizar lo inaturalizable. Por comprender que el mundo no se estaba cambiando, que yo era más parte del problema que de la solución. Los días de semana escuchaba aterradoras historias de migración, hambre, muerte, escasez y los fines de semana me lanzaba al mar para jugar entre las olas de Palomino y perreaba entre extranjeros durante las noches, porque algo que no le gusta decir a los humanitaristas es que lo que hacemos es turistar con una «buena» excusa. En esta experiencia me confronté en muchos momentos cuando la incoherencia me sacudía, porque los informes, los exceles, las cartas y el papeleo diario para ejecutar el proyecto, iba en contradicción con las situaciones que se vivían y comencé a sentir que todo era insuficiente. Viví la frustración y el desánimo, la tusa humanitaria.

Recuerdo el día en que desapareció una adolescente del proyecto, que vivía en la zona de invasión donde las familias migrantes de Venezuela habían construido enramadas y casas de barro para vivir. Yo asustada, mis compañeras tranquilas, buscamos los informes, los dibujos que ella había hecho, los listados de asistencia y lo único que teníamos era su sexo, su pertenencia étnica y si era migrante o local. La necesidad casi nerviosa del humanitarismo por clasificar a las personas es sospechosa; lo primero que debemos resolver en un listado de asistencia humanitaria es si es hombre, mujer, negro, afrocolombiano, raizal y palenquero, indígena, ROM o «ninguno». En todas las oenegés donde he trabajado es igual, pero esto está lejos de ser casual.

Clasificación: sexo

El sexo es entendido como la clasificación biológica que se asigna al cuerpo alrededor de lo que se tiene entre las piernas. El binarismo hombre/mujer se vuelve la única opción disponible para identificarse, no es inocente que sea lo

primero en resolver en las listas de asistencia. Dice Monique Wittig (2006) que la dominación enseña que antes de cualquier pensamiento, de cualquier orden social, hay sexos que son «naturalmente», «biológicamente», «hormonalmente» o «genéticamente» diferentes y que esta diferencia tiene consecuencias sociológicas, entonces se admite y se sostiene la «división natural» entre mujeres y hombres, creyendo que hombres y mujeres siempre han existido, existirán y son muy diferentes entre sí (p. 25).

Los hombres viven crisis humanitarias diferentes a las mujeres, los hombres son líderes amenazados, los hombres adolescentes son víctimas de reclutamiento, los hombres jóvenes consumen sustancias psicoactivas. Las mujeres son golpeadas, violadas y excluidas de todos los espacios de poder, todos. El problema de establecer estas clasificaciones como verdades es que en los fenómenos sociales parece imposible cualquier cambio (Wittig, 2006, p. 33), es decir, todo es normal. Dice Itziar Giménez Arrieta (2017) en su rastreo de críticas al humanitarismo que «se refuerza así, como venimos insistiendo, el tradicional retrato (patriarcal) de las mujeres como categoría aislada y homogénea y, en concreto, como un grupo “vulnerable”, “indefenso”, “necesitado de protección”» (p. 189).

La clasificación hombres/mujeres solo es útil para argumentar con cifras las crisis humanitarias que viven hombres y mujeres de formas diferentes. Porque el número mayor de intervenciones recae sobre las mujeres y la respuesta son proyectos y programas pensados exclusivamente para nosotras, donde las nociones de «empoderamiento» «resiliencia» «levantar la voz» se convierten en un sostenimiento de que efectivamente el sexo «mujer» le va mal y necesita poder. El inconveniente no radica en si muchas mujeres encuentran en estos proyectos realmente algo valioso para sus vidas, el problema es que estos proyectos no tienen ni la más mínima pretensión de erradicar la violencia o cuestionar la supuesta falta de poder. No, porque entre más mujeres estemos y creamos estar en crisis, el humanitarismo se sostiene.

Ahora, sin alejar la noción de «sexo» entra otra palabra que dentro del humanitarismo pareciera que significara lo mismo, hablo de género. Por suerte, Gayle Rubin (1986) ha denominado a esta clasificación biológica como sistema sexo/género, ese «conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana». (p. 97) El género es, en este sistema, «una división de los sexos socialmente impuesta» (Rubin, 1986, p. 114). Mi sospecha es, que cada vez que colocamos «sexo» en esas listas de asistencia, lo que se quiere saber es ¿cuántas son mujeres? porque ya lo dijo Wittig (2006) solo nosotras somos «sexo», solo las mujeres hemos estado convertidas en sexo, nuestro cuerpo es más sexo que otros cuerpos (p. 28). Y cuando se habla de género, también se habla de «mujeres» justamente por esta inclinación de sostener «víctimas» «indefensas» a las cuales salvar.

El humanitarismo reafirma en este sistema sexo/género que las mujeres viven condiciones humanas diferentes y de «especial cuidado», y es en las mujeres donde recae el peso de la intervención. La estrategia que ha implementado el humanitarismo para sostener esto, es alimentar con mayor fuerza la noción de «género» para referenciar «las mujeres». Mientras que «hombres» como clasificación del sistema sexo/género parece no existir como género o como sexo. Los hombres solo son hombres.

«Hay que ponerle género a eso» me dijo un jefe mientras formulábamos un proyecto para mujeres cabeza de hogar. Ponerle género es mantener y justificar un sistema sexo/género que nos pone en lugares de víctimas. Y cómo luce una formulación con género: en Colombia las mujeres son más propensas a ser muy pobres según las cifras (¿por qué?), entonces lo que vamos a hacer es decirle a esa señora, usted es mujer, es pobre y vive en la ruralidad entonces lo que a usted le falta es «empoderarse» y para eso asista a nuestros talleres (y ya).

Si una entra y le pregunta a Chatgpt ¿cuál es el grupo poblacional que más interviene la ONU? la respuesta es: «Mujeres y Niñas: Mediante ONU Mujeres la organización trabaja en la promoción de la igualdad de género, el empoderamiento de las mujeres y la prevención de la violencia de género, especialmente en zonas afectadas por conflictos o pobreza» (22/01/2025). Sí, porque la «igualdad de género» en este sistema sexo/género es un trabajo de las mujeres que no han querido empoderarse y combatir la violencia de género, sobre todo las más pobres. Por eso ONU mujeres impulsa, financia, asesora y promueve numerosos proyectos y programas con instituciones públicas y privadas para enseñarle a las mujeres a tener poder.

Así se repite, ciclo y ciclo y nada cambia. Nadie hace proyectos humanitarios para el esposo violento, el padre ausente, el corrupto que se roba las regalías, la ONG que victimiza, los feminicidios no son una emergencia humanitaria, el acoso sexual laboral tampoco. Todo esto tuvo más sentido para mí, cuando Unicef nos pide en Uribe sacar «espacios amigables con los nna» para que puedan sobrellevar la crisis de ser migrantes, tener hambre y vivir en un cambuche, y nos dieron una metodología con un nombre poético que apelaba a la felicidad de los niños; me encontré con que mi mamá que había sido voluntaria/beneficiaria en su juventud de Unicef, aplicó la misma metodología unos veinte años antes. Así pasa con el «empoderamiento» a las mujeres, es la misma fórmula una y otra vez.

Clasificación: pertenencia étnica

Sobre esto, Aníbal Quijano (2014) habló de la clasificación social como esa práctica que nos quedó de la colonia, cuando la población del mundo fue clasificada en identidades «raciales», dividida entre los dominantes/superiores «europeos» y los dominados/ inferiores «no-europeos», y fue el «color» de la piel definido como la

marca «racial» diferencial más significativa, por ser visible ante los ojos (p. 374). Las diferencias fenotípicas, biológicas, puestas en el cuerpo visible, principalmente el «color» de la piel, la forma del cabello, la forma y el color de los ojos fueron usadas, definidas, como «expresión externa de las diferencias “raciales”». A estos argumentos biológicos, más tarde en los siglos XIX y XX con apoyo «científico», se agregarán la forma de la cara, el tamaño del cráneo, la estatura, la forma y el tamaño de la nariz, para dar peso a estas clasificaciones sociales fundadas en la colonización (Quijano, 2014, p. 375).

A pesar de que poco se quiere conversar en el humanitarismo sobre esto, la realidad es que cuando se habla de pertenencia étnica, se habla de raza como se entendió en la colonia, lo «blanco» y lo «de color» en nuestras mentes tienen significados muy cercanos a algunas ideas del siglo XVI cuando Europa invade al continente. Estas diferencias fenotípicas entre vencedores y vencidos han sido usadas como justificación para la existencia de la «raza», como clasificador social, aunque, de lo que en realidad se trata es de relaciones de dominación de unos sobre otros (Quijano, 2014). Son las razas blancas, del norte global, las que financian el humanitarismo y las razas «de color», del sur global más empobrecido, son las que reciben el beneficio.

Estos lentes con los que vemos el mundo nos dicen, en Guajira son indios, en Chocó son negros y ellos «no son blancos». Porque no es solo los rasgos fenotípicos y la clasificación de las «razas» lo que hemos mantenido de la colonia, también se nos enseña a observar los cuerpos y asumir marcaciones de moralidad sobre esos rasgos fenotípicos. Es aquí donde el humanitarismo tiene la pretensión de encontrar una diferencia, luego de la Constitución de 1991 y su famosa «pluriétnica» la noción de etnia se comprende en el sentido común como la cultura diferenciada de un pueblo dentro del país, pero, aunque la gente del sur de Córdoba escuchemos porro, le llamemos cabeza de gato al machucao de plátano y tengamos alguna leyenda con un pescador, esa «diversidad cultural» no es una etnia.

Sobre esta fusión de etnia con raza dice Doris Lamus (2012) «la Unesco (1978) se pronunció al respecto. El artículo dos de la Declaración sobre la raza y los prejuicios raciales dice en su inciso 1: Toda teoría que invoque una superioridad o inferioridad intrínseca de grupos *raciales* o étnicos que dé a unos el derecho de dominar o eliminar a los demás, presuntos inferiores, o que haga juicios de valor basados en una diferencia racial, carece de fundamento científico y es contraria a los principios morales y éticos de la humanidad. Obsérvese el uso de los dos conceptos, grupos raciales o étnicos» (p. 72) Desde el corazón mismo del humanitarismo, o sea, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) se estableció este sinónimo.

No es etnia un concepto más «cultural» y raza un concepto más antiguo o ligado al mundo animal, es que la clasificación racial de los cuerpos es la misma clasificación étnica de la gente. Frente a esto dos consecuencias que podrían ser una, minimizar o eludir el racismo y «la paradoja de que la “raza”, al ser relegada al reino de la naturaleza, en contraste con la “etnicidad”, entendida como fenómeno cultural, era reificada como hecho discreto» (Lamus, 2012, p. 72). Por supuesto que el humanitarismo no colocará en sus listas de asistencia «raza» y pedirá elegir entre «blanco/mestizo» «negro» «amarillo», porque eso apelaría directamente a la memoria colonial y ese tema es mejor no hablarlo, lo que se hace es disimular con «ninguno» «comunidades NARP» (Afrocolombianas, Raizales, Palenqueras y Negras) e «indígenas», así es más bonito, más étnico.

Pertenencia étnica es entonces «la palabra que se ha utilizado para referirse a grupos considerados minorías dentro de un Estado nacional. La etnicidad es una construcción social para identificar la diferencia y la igualdad —el “nosotros” y “los otros”—, en el mismo sentido que la raza, el género y la clase» (Lamus, 2012, p. 72). Cuando viví en Istmina y cuando llegué a Uribia yo no vi personas con etnia o cultura, yo vi con los ojos de la colonia, indios y negros, en crisis humanitaria. Lo que hace la pertenencia étnica es institucionalizar y afirmar que las «razas» son una verdad, pero al igual que con sexo que es una palabra demasiado carnal y se usa «género», la palabra raza es demasiado antigua y natural, entonces el humanitarismo adopta «etnia». En la práctica son lo mismo, los indios wayuu de Uribia se parecen entre ellos, los ojos, el pelo, la estatura, el color de la piel, y luego de observar eso primario, lo siguiente es: no saben hablar, son machistas, se violan entre ellos y tienen leyes salvajes.

Esta clasificación y el establecimiento de un «ellos» es el proceso de racialización, donde hacemos juicios de valor sobre las personas con la información visual de sus cuerpos y la herencia histórica en nuestras cabezas que nos dejó la colonia. «La racialización apuntaría a ese proceso de marcación-constitución de diferencias en jerarquía de poblaciones a partir de diacríticos biologizados que apelan al discurso experto, e independientemente de que su inscripción sea en el cuerpo-marcado o en el sujeto moral, pero siempre apuntando a la gubernamentalización de la existencia de las poblaciones así racializadas» (Arias & Restrepo, 2010, p. 58). Los expertos humanitaristas dicen que el pueblo wayuu está en crisis humanitaria por el cambio climático, el abandono estatal y la falta de autonomía de su gobernanza local, por eso son *inferiores* en niveles de calidad de vida. Lo que no dicen es que muchas de estas ideas tienen 500 años y están estrechamente ligadas al hecho de que los wayuu son fenotípicamente indios.

Y por supuesto que los indios en crisis humanitaria es algo que no se pretende cambiar, precisamente porque esa gubernamentalización de su existencia, sostiene y seguirá sosteniendo, el hambre, la sequía, la violencia porque solo así siguen los

desfiles de chalecos, las emergencias humanitarias, las donaciones y reproducción de ciclos y ciclos de racialización; «esos indios todo lo quieren regalao y nunca agradecen nada» dijo un arijuna (persona no wayuu) en un taxi de Riohacha a Fonseca. Pero es que justamente la racialización de estas personas, disfrazada de celebración de la etnia, no ha permitido, ni permitirá que algo cambie. Nuevamente, no se hacen proyectos humanitarios para los blancos ricos del país, para los arijunas que controlan la política, para los paisas en el paramilitarismo, para los extranjeros que explotan las minas de carbón, para los gobernantes que creen que los indios lo quieren todo regalado (;Entonces?).

El humanitarismo ha construido un modelo de beneficiario ideal de sus proyectos y programas y por supuesto en este sistema sexo/género y en este sistema de racialización, la «beneficiaria ideal» es la mujer indígena o negra, pobre y en lo posible rural y con hijos. Sobre ella es que se deposita todo este sin fin de intervenciones que buscan cambiarle su realidad, sin apuntar nunca a los problemas de raíz, las opresiones como el racismo y el sexismo. Por supuesto que el humanitarismo es lo suficientemente astuto para cuidarse de esas proyecciones políticamente incorrectas, entonces ante las críticas entra el comodín de los enfoques.

El comodín de los enfoques

Cuando Kimberlé Crenshaw en 1980 introduce el término interseccionalidad, describía cómo las diferentes formas de opresión interactúan y se entrelazan, afectando la experiencia de las personas de manera diversa, reconociendo que las identidades de las personas no se pueden analizar de forma aislada, sino en la intersección de múltiples factores sociales y estructurales. Seguramente hay una amplia discusión en los estudios feministas sobre este concepto, más allá de cuestionar o validar algún punto, mi interés es mostrar como a partir de la interseccionalidad, el humanitarismo ha encontrado el piso para cuidarse a sí mismo y evitar verse «menos bueno» a través de la reproducción de diferencias y el sostenimiento de opresiones.

Dice Mara Viveros (2016) citando a la feminista Elsa Dorlin que «las teorías de la interseccionalidad se han movido entre dos aproximaciones a la dominación: una analítica y una fenomenológica. Desde la primera perspectiva, toda dominación es, por definición, una dominación de clase, de sexo y de raza, y en este sentido es en sí misma interseccional, ya que el género no puede dissociarse coherentemente de la raza y de la clase. Para la segunda perspectiva, lo que es interseccional es la experiencia de la dominación, como en el caso de la compañía General Motors analizado por Crenshaw a propósito de la violencia ejercida contra las mujeres racializadas o de los empleos de los que quedan excluidas» (p. 7).

El humanitarismo está bajo el paraguas de que todas las crisis humanitarias tienen un componente de pobreza, género y etnia. Cuando en el sector humanitario se habla de interseccionalidad se refieren a que los beneficiarios de los proyectos y programas son interseccionales porque son pobres, indios, negros y mujeres y se considera que tener a la vista esta «realidad» es parte fundamental de una buena intervención, porque solo así se evitará la discriminación. Lo que no ve el humanitarismo es que sosteniendo esas diferencias lo único que logra es reafirmarlas, no son menos sexistas por decir «todos y todas» y «empoderar a las mujeres», por el contrario, reducen el poder al tenernos como seres «vulnerables y sin poder». No son menos racistas por «reconocer» que hay gente negra o india y apoyar que se defiendan, por el contrario, están sosteniendo clasificaciones raciales al poner «derechos especiales» para esa gente «otra».

Asimismo, hay una tendencia en el humanitarismo a acompañar la interseccionalidad de un gemelo que intenta ser menos «radical» y es el enfoque diferencial. En los noventa tomó fuerza este concepto, sobre todo en los ámbitos de la educación, la salud y las políticas sociales, buscando asegurar que las intervenciones sean pertinentes y efectivas según las características y necesidades particulares de cada grupo humano, el enfoque se nutre conceptualmente de las teorías sobre las diferencias en el desarrollo humano de Amartya Sen y su disposición es que todo proceso social que se realice con gente debe considerar la diversidad de cada persona y su contexto. La noción de enfoque se entiende como la perspectiva, el lente, el marco que guía que las políticas, programas y proyectos de corte humanitario, sean inclusivas, equitativas y respetuosas de las diversidades étnicas, de género, pero también de región, de edad, de discapacidad física, de condición social (migrante, pobre, víctima del conflicto etc.).

El amplio espectro de diferencias que la interseccionalidad posibilitó al hablar de identidades y de experiencias diferenciadas condujo a la noción de enfoque diferencial que terminó por convertir la diferencia en un proceso fijo, que lo políticamente correcto es enunciarla siempre dentro del humanitarismo. «La interseccionalidad estabiliza las relaciones en posiciones fijas y sectoriza las movilizaciones sociales, de la misma manera en que el discurso dominante naturaliza y encierra a los sujetos en unas identidades de alteridad preexistentes» (Viveros, 2017, p. 8).

Esta sectorización de las identidades de las personas, sostienen el humanitarismo porque se formulan y ejecutan programas y proyectos con enfoques interseccionales y diferenciales especiales para cada población, un proyecto de inclusión para las personas en condición de discapacidad, un proyecto de empoderamiento para las mujeres, un proyecto de oportunidades para los jóvenes, un proyecto de protección para los niños, un proyecto de cuidado para las madres, un proyecto de resiliencia para los indios, un proyecto de fortalecimiento para los negros.

Y cada día el ancho espectro de la diferencia y lo diferencial se abre y se abre: ahora campesinos, víctimas del conflicto, migrantes o refugiados, vendedores ambulantes, líderes sociales, pueblo gitano, comunidades católicas y cada una de estas abre una posibilidad de salvación para el humanitarismo.

El problema de la interseccionalidad y el enfoque diferencial como es entendido dentro de las ONG, es que no se pregunta por esas identidades «ningunas» que circulan en el humanitarismo, porque esas identidades no están en el marco de los beneficiarios, esas identidades están en los trabajadores humanitarios a quienes el enfoque interseccional o diferencial nunca nos aplica, somos mujeres pero no sin poder, tenemos un color de piel y unos fenotipos pero no son étnicos, tenemos una edad y unas condiciones sociales pero no son de «especial cuidado».

Itziar Giménez (2017) dice que «las aportaciones poscoloniales que realizan una genealogía de las políticas de la representación del “humanitarismo”, resaltando cómo, desde su origen decimonónico hasta la actualidad, se privilegia como “humanitarios” a los varones blancos y occidentales, retratándolos como “altruistas”, “cosmopolitas”, “apolíticos”, “sacrificados” y motivados exclusivamente por el propósito ético de “ayudar al prójimo” y “salvar vidas”» (p. 185).

En un taller en Montelíbano un niño al firmar la lista de asistencia, pasa por encima de la casilla de la pertenencia étnica, mi compañera lo mira con obviedad y le pide que por favor marque la casilla de afrocolombiano, raizal y palenquero, porque él era «obviamente afro». Yo intenté decirle algo que había aprendido en mis estudios de maestría, que solo el niño podía determinar si era o no afro, pero el argumento de mi amiga, que en ese momento fue cierto para mí, fue que el proyecto estaba pensado con un «enfoque diferencial étnico» donde se tiene que resaltar la participación de las «comunidades afro». Cómo decir que no a ese argumento, si el proyecto tenía como título y objetivo buscar la participación de los adolescentes en su comunidad.

El humanitarismo se disculpa con argumentos de que tener y sostener la diferencia es importante para tener enfoques de intervención claros e inclusivos. Los enfoques en el humanitarismo son demasiados, enfoque de acción sin daño, enfoque triple nexo, enfoque de género, enfoque etario, enfoque inclusivo, en fin. Yo misma, lo admito, he escrito más de una carreta humanitarista para sostener que si se tiene clara la diferencia, se obra mejor, si hay enfoque de género hay un pequeño intento por entender un lugar diferenciado de las mujeres, si hay enfoque étnico hay un lugar pequeño para entender la experiencia racializada, ahora el problema sigue siendo, que no sé qué es peor, el racismo y el sexismo al reconocer la diferencia o el racismo y el sexismo de omitirla.

La diferencia

El tema con la diferencia es más complejo. A las mujeres nos tocó comenzar a llamarnos «mujeres» políticamente hablando, justamente porque tuvimos que comenzar a ganar de a pocos los lugares de decisión y la autonomía sobre nosotras. A los negros, les tocó llamarse «negros» para poner en evidencia una sociedad que les menospreciaba por el color de la piel. A los indios les tocó llamarse indios porque solo bajo ese nombre podrían los pueblos originales ser parte (ciudadanos) de un país. Estas categorías surgen de los movimientos sociales, de la necesidad histórica de reivindicar todo aquello que fue quitado cuando la diferencia aun no era nombrada. Cuando se nombra la diferencia, se pone en evidencia y se busca eliminar.

La diferencia importa porque es crucial para el significado, sobre todo el que le asignamos al otro, aquel, ese que está fuera de «nosotros», y también es a través de esa diferencia donde se sostienen las desigualdades entre las personas, hace paradójicamente poderosa la diferencia, por un lado, convoca identidades sociales que apelan a la diferencia para generar las resistencias, pero por el otro es en las diferencias que radica el problema de la exclusión. (Hall, 2014, p. 481). La diferencia es poderosa porque permite la gestión de un lugar «diferenciado» que es importante porque desde ahí es posible cambiar las concepciones del mundo, pero el humanitarismo es un ejemplo de que este sistema se sostiene de la diferencia y no supera el lugar de la división humana.

Hay una doble afiliación de las identidades, por un lado, permite la gestión del reconocimiento en el orden social a la vez que fija y naturaliza la diferencia. Así se origina y produce la diferencia de forma sistemática, la doble lealtad de las identidades políticas como lo llama Rita Laura Segato (2007, p. 140). Las mujeres, los negros, los indios, hemos tomado estas identidades y las hemos cargado de símbolos para hacerle frente al sexismo, al racismo. Pero han sido estas mismas identidades las que se usan para mantenernos en lugares diferenciados, con enfoques diferenciales, en enfoques de género, en enfoques étnicos que nos han quitado el encuentro y la organización colectiva para hacerles frente. Aunque la mera forma de identidad política pone énfasis en las diferencias.

Para el humanitarismo, la diferencia es importante porque solo así logra tener los argumentos para fragmentar a las gentes y establecer beneficiarios finales de sus racismos y sus sexismos que nada pretenden cambiar. Entre más diferencias operen en una persona, más fácil es para el humanitarismo sostener su modelo de necesitar salvar o cuidar. Nótese como durante este relato las nociones de «adolescentes» «campesino» «pobre» «migrante» «niños» «niñas» «madre» «mujer» «mujer joven» «mujer madre joven», «migrante pobre» «campesino pobre migrante» entre muchas, así se sostienen; porque al problematizar la diferencia, caen los enfoques y con ellos, el sostenimiento mismo del humanitarismo tal como funciona dentro de las ONG. Varias de estas organizaciones clasifican a sus

trabajadores bajo el paraguas de las intervenciones a la diferencia, es decir, quienes tenemos proyectos con mujeres somos trabajadores con enfoque de género, quienes tienen proyecto de apoyo al campesino son el enfoque de productividad o «erradicación de la pobreza».

El desarrollo

Lo que es claro hasta este punto es que el humanitarismo interviene y funciona solo y exclusivamente en las «comunidades vulnerables» y la gente vulnerable en este país es la que no tiene formas de comprar y comprar cosas, ese grupo humano muy puesto en zonas rurales de departamentos racializados como Chocó y La Guajira. Tienen en común el hecho absoluto de que son pobres. La pobreza es el común denominador de la gente beneficiaria del humanitarismo, las mujeres sin poder, los niños desprotegidos, los indios sin derechos, están en esas crisis por ser pobres, porque de resto no hay otra explicación a sus necesidades humanitarias. Así se nos suma a esta cadena del relato, las relaciones económicas, el acceso material a la vida, las clases sociales, que atraviesan todas las relaciones en el humanitarismo, desde la cercanía de los trabajadores humanitarios con los «beneficiarios finales», hasta la relación entre las ONG y la ONU.

Pero el asunto comienza con la pobreza; decía Arturo Escobar (2014) «uno de los muchos cambios que ocurrió a comienzos de la segunda posguerra fue el “descubrimiento” de la pobreza masiva en Asia, África y América Latina. Relativamente insignificante y en apariencia lógica, el hallazgo habría de proporcionar el ancla para una importante reestructuración de la cultura y la economía política globales. El discurso bélico se desplazó al campo social y hacia un nuevo territorio geográfico: el Tercer Mundo» (p. 69). El primer mundo eran naciones industrializadas y libres, el segundo mundo eran los comunistas industrializados y el tercer mundo naciones pobres no industrializadas (p. 81). El interés de los países no racializados del mundo estaba puesto en tener control global sobre las economías y naturalizaron la pobreza de otros países sosteniendo nociones de diferencia: son pobres porque son indios.

Esta verdad comenzó a generar «sistemas para tratar a los pobres basados en la asistencia proporcionada por instituciones impersonales. En esta transición, la filantropía ocupó un lugar importante» (Escobar, 2014, p.70). La asistencia humanitaria a los pobres es un gesto de tal generosidad, de tal bondad que es la encarnación misma del *buenismo*. Pronto, los pobres se convirtieron en un problema de la sociedad que debía ser intervenido. Es aquí donde esas búsquedas por atender la pobreza se materializan en intervención en educación, salud, higiene, moralidad, empleo, buenos hábitos de asociación, crianza de los hijos. Estas numerosas intervenciones sobre la gente dieron paso a la profesionalización de la labor humanitarista en un campo que algunos denominan «lo social» (Escobar, 2014, p. 71).

A medida que los expertos y políticos occidentales comenzaron a ver como problema a la pobreza y el atraso en el tercer mundo, se crea «un nuevo campo del pensamiento y de la experiencia llamado *desarrollo*, todo lo cual desembocó en una estrategia para afrontar aquellos problemas. Creada inicialmente en Estados Unidos y Europa occidental, la estrategia del desarrollo se convirtió al cabo de pocos años en una fuerza poderosa en el propio Tercer Mundo» (Escobar, 2014, p. 52). No en vano, son Estados Unidos de América y Europa los países más fuertes dentro la ONU y son quienes más recursos destinan al humanitarismo para el tercer mundo.

Hablar de desarrollo es apelar a algo que está muy bien, porque hay que desarrollarse: La Guajira debe buscar el desarrollo, los jóvenes deben desarrollarse, los proyectos humanitarios son para el desarrollo, los planes de desarrollo de los municipios son para su propio bien. El desarrollo es bueno, esta idea es una certeza en el imaginario social y es lo que valida la explosión de proyectos humanitarios dentro del país, porque estamos en el tercer mundo, porque somos pobres y vivimos sin desarrollo entonces somos subdesarrollados y todo lo que nos ayude a desarrollarnos es bueno. Lo que no se cuestiona es quién establece esto porque «en 1948, cuando el Banco Mundial definió como pobres aquellos países con ingreso per cápita inferior a 100 dólares, casi por decreto, dos tercios de la población mundial fueron transformados en sujetos pobres» (Escobar, 2014, p. 72). El desarrollo se convierte entonces en la búsqueda de las sociedades del tercer mundo y la estrategia de control económico más importante para las potencias mundiales bajo la excusa de la caridad.

«El nuevo sistema humanitario se constituye en un proyecto de gobernanza internacional que politiza la caridad, pone en tela de juicio la real imparcialidad y neutralidad en la ayuda humanitaria, la duración y la naturaleza misma de la asistencia en las crisis, la tecnificación y burocratización de las ONG y su relación con los Estados más poderosos» (Piedrahíta-Ramírez & Restrepo-Arboleda, 2022, p. 56). Que el hambre, la guerra, la violencia, la falta de organización política, la ausencia del Estado se busque resolver a través de plata dada por organizaciones de países extranjeros, no es caridad por caridad, es sostener un orden global donde el primer mundo jamás dejará su primer lugar y el tercer mundo seguirá en el subdesarrollo porque la relación se sostiene entre ricos/pobres, blancos/noblanos, es decir, en la diferencia.

Dice Itziar Giménez (2017) «de este modo, argumentan que el humanitarismo, sus discursos y prácticas, (co)participa en el sostenimiento de un sistema internacional injusto que privilegia a los actores occidentales» (p. 182). En lo cual, la primera regla dentro del humanitarismo es «todo está en crisis» y estas crisis deben solventarse, el analfabetismo, el hambre, la migración han alcanzado tanta significación dentro de nuestra sociedad que parece imposible creer algo

diferente y ha sido esta solidez en la creencia lo que ha consolidado la asociación directa entre pobreza y «subdesarrollo» que no nos permitimos otras formas de pensarnos como sociedad (Escobar, 2014, p. 107).

Es tanto el poder que tiene el desarrollo como discurso y modelo de relaciones globales y sociales, que ha conseguido establecerse como todo lo que está bien, lo bueno y lo que hay que hacer, y el humanitarismo se convierte en una técnica, en una herramienta que «gestiona las poblaciones del Sur a fin de “mejorar su salud o bienestar”, pero también con la capacidad soberana de “promover la vida” (salvarla) o “anularla hasta la muerte”» (Giménez, 2017, p. 183), la noción de salvación muy ligada a esas herencias de la colonia donde los blancos ricos vienen a liberarnos y salvarnos está en el corazón mismo del desarrollo. Arturo Escobar (2014) lo llama «el sentimiento mesiánico y el fervor cuasirreligioso expresados en la noción de salvación. En esta representación la “salvación” exige la convicción de que solo existe una vía correcta, es decir, el desarrollo» (p. 74).

El tercer mundo es entonces un niño necesitado, una mujer vulnerable que necesita la orientación de un hombre, un adulto para ser llevada de la mano y conducida a un lugar mejor o de mayor bienestar y crecimiento, se convierte en la forma como opera la «salvación» que nos trae el desarrollo (Escobar, 2014, p.79). Las intervenciones de empoderamiento a las mujeres como beneficiaria ideal del humanitarismo tienen el propósito de sostener la diferencia, mantener al humanitarismo fijo y buscar transformar los términos en los que las mujeres se encuentran ligadas a actividades productivas que impliquen la generación de plata. Por supuesto el humanitarismo no va a entregar las platas extranjeras en efectivo, lo que hace es tercerizar el trabajo a través de ONG, para seguir, por medio de sus «acompañamientos» «fortalecimientos» y «acciones humanitarias», diciéndole a la gente que son indios, negros, mujeres, niños, campesinos o jóvenes que nunca dejarán de ser todo eso y además que son pobres y viven en un tercer mundo sin desarrollo.

Pero como ningún poder es absoluto, «las poblaciones contestan cotidianamente esas intervenciones neoliberales con múltiples estrategias de resistencia, acomodación, huida, etc.» (Giménez, 2017, p. 184). De los beneficiarios ideales están saliendo las nuevas empresas sociales que le juegan al humanitarismo para tener como sostener apuestas políticas críticas que se salen de los marcos metodológicos de siempre: la protección, la salvación y el empoderamiento. Muchas comunidades organizadas se les resisten a los chalecos de colores por considerar que son una pérdida de tiempo. Muchas ONG, con cierta tibieza aún, logran cuestionar los roles coloniales que tienen con sus financiadores y buscan recursos locales sin tener que formular proyectos en crisis humanas y caer en el morbo que genera todas estas «problemáticas humanitarias», eso sí, con las uñas.

Reflexiones finales

Esta reflexión más que ser un relato desesperanzador, es una necesidad personal de expresar un lugar que en ocasiones no es claro para mí, porque finalmente mis comodidades como humanitarista en ocasiones me sacan de mi centro y me subo a la nube del sostener las diferencias, de la salvación y de la utopía del desarrollo, por esta razón este escrito es la posibilidad de ordenar algunas sospechas y hacer un llamado a mantener los pies en esta tierra, el humanitarismo es una herramienta para el sostenimiento de un modelo de desarrollo que ubica países en la cima y países en la base de la economía mundial y que seguirá generando la necesidad del humanitarismo para sostener este modelo, cuyo fundamento discursivo está en ser bueno y salvar gente.

Referencias

- Abrisketa, J. & Pérez de Armiño, K. (2024). Acción humanitaria: concepto y evolución. En *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*. Hegoa. <https://programamandela.aupex.org/wp-content/uploads/2024/03/Diccionario-de-Accion-Humanitaria.pdf>
- Arias, J. & Restrepo, E. (2010). Historizando raza: propuestas conceptuales y metodológicas. *Crítica y Emancipación*, 2(3), 45-64. <https://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/historizando%20raza.pdf>
- ChatGPT. (22 de enero de 2025). *Respuesta a "¿cuál es el grupo poblacional que más interviene la ONU?"*.
- De Lauri, A. (2021). El humanitarismo: una breve reseña (resumen). *Perspectiva CMI*, 4. Chr. Instituto Michelsen. <https://www.cmi.no/publications/file/7783-el-humanitarismo-una-breve-resea.pdf>
- Escobar, A. (2014). *La invención del desarrollo*. Universidad del Cauca.
- Giménez Arrieta, I. (2017). Una mirada crítica al «humanitarismo» desde los estudios pospositivistas. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 117, 173-196. <https://www.cidob.org/publicaciones/una-mirada-critica-al-humanitarismo-desde-los-estudios-pospositivistas>
- Hall, S. (2014). El espectáculo del otro. En: E. Restrepo, C. Walsh & V. Vich (eds.). *Sin garantías* (pp. 419-445). Envió Editores.
- Lamus Canavate, D. (2012). Raza y etnia, sexo y género: el significado de la diferencia y el poder. *Reflexión Política*, 14(27), 68-84. <https://www.redalyc.org/pdf/110/11023066006.pdf>

Piedrahíta-Ramírez, L. F. & Restrepo-Arboleda, S. M. (2022). El humanitarismo va a la guerra: tensiones entre violencias, derechos humanos y humanismo militar en la posguerra fría. *Co-herencia*, 19(36), e102. <https://publicaciones.eafit.edu.co/index.php/co-herencia/article/view/7117>

Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder y clasificación social. En: A. Quijano, *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 285-327). Clacso. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140506032333/eje1-7.pdf>

Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la «economía política» del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30), 95-145. <https://www.redalyc.org/pdf/159/15903007.pdf>

Segato, R. L. (2007). Raza es signo. En: *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad* (pp. 131-173). Prometeo Libros.

Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>

Wittig, M. ([1992] 2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Editorial Egales.